

de la flor, del arco iris, del fulgor engañoso de las piedras preciosas, del riachuelo, de la cascada, del mar imponente, y cerrar también para siempre, para nunca más, nuestros oídos al sonido de voces familiares, ásperas o amables, cantarinas y chillonas, cariñosas, maternas, melodiosas, musicales; sordo el oído a las vibraciones lúgubres de la fronda en los bosques, del viento silbante y evocador, del trino siempre fresco y renovado de los pajarillos, del susurrar armonioso y dulce del arroyuelo, del crepitar de las hojas secas, pardas y amarillentas al ascender la montaña, del lejano y lastimero tañer de las campanas, del ulular de sirenas y locomotoras y fábricas, del aterrador trueno del rayo, del crispante rumor de la tormenta, de la caída del agua de la profunda, majestuosa y colosal catarata, del suave o estruendoso vibrar de los instrumentos musicales, ignorar el alucinante canto de las cigarras, sepultar, para siempre, el eterno golpe del eco sordo de las olas al reventar. Renunciar a la vida, es renunciar a todo, despojarse aún del lastre del cuerpo hermoso y pecaminoso, de los pequeños, inocentes y grandes aberrantes placeres, de leer libros, de saborear manjares, buenas comidas, de renunciar al descanso después del ejercicio, de lavar el cuerpo con el agua que vivifica y resarce. Qué difícil, si no podemos, ¡oh minúsculos enanos humanos! despojarnos tan sólo de las cosas pequeñas, no queremos, no podemos prescindir de ellas, estamos tan arraigados a nosotros mismos, que si fuéramos árboles muertos, nos sujetaríamos desesperadamente a la última y profunda raíz que **tuviere** una brizna de savia.

¿Quién es más egoísta? No puedo decirlo. Si el que se queda para disfrutar y atesorar, o el que **se** va sin alardes, en silencio. . . el uno se sujeta, se adhiere, **se** cura, se vitaminiiza, quiere ser eterno en la vida. El otro **se** deshace de todo, renuncia a todo, se va suprimiéndose a **sí mismo**.

Palabra, cuanto valor se necesita **para** dar un adiós definitivo, sin retorno, irrevocable, irreversible, a todos los recuerdos entrañables y al ansia, al deseo **instintivo** y natural de perpetuación y dizque eternidad. ¡Quemar las naves! co-

mo lo hiciera el gran conquistador. Ya no ser posible dar un paso atrás. ¡La suerte ha sido echada! ¡Qué terrible momento! ¡Qué instante tan eterno! Desprenderse del cordón umbilical terrestre, para penetrar en un segundo, en las misteriosas bóvedas del más allá. Desde luego, un gusano no podías haber sido, como somos muchos de nosotros. Y a propósito de gusano, no escogiste un lugar cualquiera para tu despedida. Ascendiste a nuestras queridas montañas y allá, entre los pinos, en el pinar, muy cerca de tí, estaba un esbelto pino, y colgado a tus pies, el panorama majestuoso, divino, embrujador, de más montañas, de espacio celeste y de vacío. . . ¿y cómo es posible que te equipararas a los demás? ellos aún no saben ni el día, ni la hora, ni el año de su muerte. Tú, con tu soberana determinación, precisaste día, fecha, segundo. Fuiste distinto al común de la gente. Alguien fuera de serie. No esperaste a que te abrieran la puerta. . . Tú, personalmente lo hiciste. ¡He ahí la gran diferencia! Ahora, con tu determinación, quedaste, para nosotros, en nuestro tenaz recuerdo, estático. Siempre tendrás 19 años, no envejecerás, estarás fresco, joven, pujante, tu edad no variará con el paso de los años; tus cabellos no encanecerán, ni tu frente se poblará de arrugas; no serás un lastre lastimoso en tu enferma ancianidad. Serás siempre igual. Serás, para nosotros, ¡hijo del alma! tú, siempre tú.

. . . "Soy el último eslabón de la cadena
 cadena que nunca me aborrecerá". . .

. . . "Cae una mirada rota en mil pedazos.
 Afuera no había sol. Ni estrellas. Ni nada.
 Estaba solo. Estaba libre. Estaba muerto".

¿Qué fue lo último que escudriñaron tus ojos en aquellos instantes supremos?

¿Supiste en ese relámpago previo que tú realmente exististe, que tú fuiste y que estuviste brevemente de paso? ¿Acaso recordaste que en el desayuno me dirigiste, sin hablarme, la más angustiosa, lastimera y profunda mirada que no olvi-

daré mientras viva? Te despediste sin hablar, con tus ojos, sin decir adiós.

Tu último vistazo a tu cuarto, a tus cosas, a tus pocas pertenencias, a tu casa, a tu carrito, miradas de adiós, de despedida y tus miradas postreras, de nueva ilusión, de esperanza, de bienvenida, al cielo, a los pinos, a las estrellas, a las montañas, respirando el aire frío de la media noche y escogiendo con sumo cuidado el sitio, el lugar en donde ibas a despedirte de tu cuerpo.

¿Hacia quién tu último pensamiento?

¡Sentiste dolor hijo mío!

¿Te concedió Dios no sufrir en ese último instante, en gracia por toda tu agonía anterior a la fatal determinación?

Ojalá así haya sido. Tiemblo al pensar lo contrario.

¿Sabes? hubo una cosa muy rara, sumamente extraña. Ambos, tu madre y yo, aquella noche, soñamos simultáneamente con tu muerte; después lo supe, y ahora, de seguro, ese resorte que me hizo abrir súbitamente los ojos a la una de la mañana, fue el despegue tuyo de la vida terrenal, ahora lo sé de cierto, moriste alrededor de la una de la mañana (esa hora marqué en tu esquila) sin embargo, al levantarnos, antes de las siete, tú ya muerto, las actividades pretendieron ser normales, pero a media mañana, por teléfono, la voz de tu madre me anunció: Encontré en la bolsa lateral de una chaqueta, un recado que dice:

“Estoy en el pinal, ahí, déjenme en paz”.

Fue todo. Un recado al estilo tuyo, breve, sobrio, una simple frase que lo dice ¡todo!

Me pongo en movimiento con una tenue esperanza, pero sabiendo que tú ya te habías ido. ¿Fue el sueño, fue la revelación que tú, a tu madre y a mí hiciste, no velada, sino abiertamente por la noche? ¿Hubiera sido inútil haber gritado en el bosque sabiendo que renunciarías a tu intención al escuchar el eco de mi voz? ¿Te hubieras precipitado? No lo sé, llegué tarde y tarde me vinieron a mi mente (estaban

aún encerradas en el sopor de lo no admitido) las premoniciones nocturnas que a tu madre también transmitiste, quizá como bálsamo atenuante y bondadoso aviso de tu partida. En esto, hijo mío, sin duda alguna, se percibió la mano de Dios.

Repito, ¿Cuál fue tu último pensamiento, hacia quién, qué fue lo último que miraron tus tristes ojos en aquellos instantes supremos? ¿Ya de espaldas en la madre tierra, empezó tu cara a escrutar hacia el abismal y espacioso cielo y no vio en ese instante fugaz un luminoso aerolito convertido en tu alma partiendo hacia el infinito?

Tus últimas miradas, sin discusión, fueron al cielo, al espacio insondable y si Dios habita allá, estoy cierto y seguro que tus ojos y tus pasos etéreos, hacia EL se dirigieron. Pido al Omnipotente así haya sucedido.

UN AÑO DESPUES.

¡Hijo mío! el tiempo corre atropelladamente, las cosas han cambiado un poco, han nacido muchos seres, (ya eres tío y yo abuelo), otros ya están contigo, el mundo se corroe y lame a sí mismo sus eternas, repetidas lacras.

Los cuentos, las caretas, las máscaras sociales, los engaños políticos, las eternas promesas, continúan en su inacabable vuelta, y tú, tú, hijo mío, en medio de todo este ir y venir, has cumplido un largo año de ausencia; sí, sí, ya se cumplió la fecha. Estamos a un año de tu partida. Pienso, cada vez que paso por tu recámara, qué sentirías, como se estrujaría tu corazón al cerrar por última vez la puerta de la casa, a la que ya no retornarías nunca; al cerrar, cuidadosamente, la puerta del carro, dejarlo bien estacionado, pero ya abandonado para siempre, ¿esa sería tu última mirada hacia un objeto mundano, antes de ascender a la sierra? ¿Qué pensarías, en tu inmensa soledad, a cada paso que dabas hacia tu destino final. . . la muerte?

"Y hay días en que somos tan lúgubres
tan lúgubres, como la noche lúgubre del llan-
to del pinar
el alma gime entonces bajo el dolor del mundo
y acaso ni Dios mismo nos pueda consolar".

Qué proféticos fueron estos versos, los primeros que me aprendí de Porfirio Barba Jacob. ¡Cómo los he recordado y repetido! ese fue TU DÍA, en que en la base de un esbelto pino, con una determinación que sólo tú te llevaste, oprimiste el gatillo que puso fin a tu existencia. ¡Hijo mío, no quisiera, no alcanzo aún a resignarme!. . . A pesar de lo mucho que he leído a propósito de la muerte y del suicida, no me acaban de convencer las teorías, porque a la hora verdadera, en esa postrera despedida en donde se dice adiós a todo, vuelvo a pensar que se necesita mucho valor para tomar la decisión de quitarse la existencia, para descubrir el más allá y trasponer la frontera de la luz a la sombra, ¿o será al revés?

¡Ahora tú ya lo sabes de cierto!

¿Qué deseabas al poner fin a tu vida terrena? ¿Conocer la verdadera vida, recorrer el velo? ¿Ver a Dios?

Recuerdo un cuarteto del poeta Gutiérrez Nájera que dice:

Morir y joven, antes que destruya
el tiempo aleve (traicionero) la gentil corona
cuando la vida dice aún: ¡Soy tuya!
Aunque sepamos bien que nos traiciona.

Ha pasado un año, un año de estarte recordando a diario, de ver y sentir impotente, las angustias de tu pobre madre que aún no se resigna. . . Un año. . . Un largo. . . Un breve año. . . ¿Sabes?, yo no quería que volvieran las golondrinas a su nido de costumbre, sencillamente porque. . . tú no estabas en casa. Al oír sus trinos, al verlas como locas revoltear y hacer cabriolas, partir veloces como saetas y regresar alborozadas al viejo nido, sentí que se me desgarraba el

alma. Sé muy bien que ellas son una cadena, que los abuelos murieron y luego vinieron los pájaros padres y hoy regresaban al parecer los mismos, pero convertidos en nietos. Es la vida que gira.

"Que de dónde vengo? de soñar luceros,
de beber paisajes en la copa fresca de los pinos altos
vengo de sentir que el alma
sabe a Dios más cerca".

No creo que vengan al caso estos trozos preciosos de Rafael Mireles Soler, pero de verdad, cómo me agradan, sobre todo porque menciona los pinos y desde que te fuiste, el pino, para tu madre y para mí, ha sido un símbolo y una obsesión. A donde hemos ido, en cualquier lugar, en distantes sitios, siempre hemos cortado una ramita del oloroso y aromático conífero, como un recuerdo, quizá tonto, de ti mismo y de tu partida. Es más, al lado de tu sobria tumba se yergue un joven pinito en memoria tuya. Ahora y por siempre jamás, el pinar será tu presencia en tu ausencia, tu recuerdo en la nostalgia de nuestros corazones.

¿Sabes? en el fondo siempre te admiré y envidié por tu independencia, tu desprendimiento, la seguridad en ti mismo, no por tu irresponsabilidad, puesto que fuiste un aplicado y brillante estudiante, sino por cosas o detalles, como el hacer caso omiso del tiempo; era tal tu indiferencia, que a pesar de regalarte varios, ¡nunca usaste reloj! tal parece que no querías maniatarte a nada, ni siquiera al tiempo, y al final lo corroboraste plenamente: no esperaste tu proceso natural de aniquilamiento.

Naturalmente, al escribir más que con la pluma, con el corazón, estos recuerdos, yo sé que estarás de acuerdo conmigo en que al obrar en tal forma, espontáneamente, con esa febril impaciencia de recorrer el velo. . . jamás lo hiciste por un mero afán exhibicionista, fuiste siempre muy serio, muy formal para andar con payasadas o sugiriendo proséltos.

Al decir lo anterior, no pretendo glorificarte, escribo lo que siento y en este mismo instante, como lo hago constantemente, pido a Dios que te haya perdonado.

Sé que ha habido millones de seres que han dispuesto de sus vidas: pobres personas anónimas, célebres filósofos, connotados escritores, enfermos incurables, idealistas frustrados, drogadictos obnubilados, etc., etc., etc.

Todos, todos ellos han sido llorados inconsolablemente por sus padres, porque esa ausencia, si algún día se publica este íntimo monólogo y es leído por otros jóvenes, quiero que sepan y comprendan, que por las causas que sean —justificadas o no— al irse. . . dejan a sus padres tan lacerados del alma, que, éstos, a veces, penosamente, sincero es decirlo, llegan a perder el verdadero sentido de la vida. . .

¡Ojalá hayas encontrado lo que afanosamente buscabas!

Perdónalo Señor
porque. . .
no supo (?)
lo que hacía.

He seguido releyendo y tratando de interpretar tus apuntes que avaramente dejaste. Obvio es que no querías dejar y no dejaste huellas tuyas. Pequeñas oraciones y frases en papeles sueltos o en las contraportadas de algunos de tus textos:

“En el mundo técnico represento el papel de una tornamesa vieja y sucia tocando un disco rayado de Ray Coniff”.

Sólo transcribo la anotación que he leído en la última página de uno de tus libros. Cada frase tuya la atesoro y la guardo y la repito vehementemente con el absurdo de no olvidarte, de que siempre estés presente, de que existas continuamente hasta en los últimos momentos de mi vida.

Desde que se fue, triste vivo yo,
caminito amigo, yo también me voy. . .

Acabo de escuchar el tango inmortal y mi pecho ha sollozado y mis ojos se han cubierto como tantas veces con el manto ardiente de las lágrimas. No puedo evitarlo. Ojalá que como dijera el poeta: “Tal vez vez bajo otros cielos la gloria nos sonría”. . . para terminar su “canción de la vida profunda” el gran vate Barba Jacob diciendo:

“Más hay también ¡oh tierra! un día,
un día en que *levamos anclas*
para *jamás volver*,
un día en que *soplan vientos ineluctables*,
un día, en que ya *nadie nos puede*
retener”.

¡Qué barbaridad! cuantas veces repetí a solas y en ocasiones en público, esta poesía, la primera que aprendí, y no sé porque me emocionaba, como si fuera una premonición, al decir estas últimas palabras:

“Levamos anclas”
“Soplan vientos ineluctables”
“Un día en que ya nadie nos puede retener”. . .

¿Qué hay más allá? Ciertamente algún día lo sabré y espero entonces volver a verte y ya no perderte, reconquistarte, ser tu amigo. Lo que siempre aspiré. . .

Ruego a Dios que te haya concedido la gracia de *SABER* y que a mí me ayude, como siempre lo ha hecho, sin merecerlo yo, en lo que me resta de vida: que cuide y proteja a todos mis hijos y que me conceda la merced misericordiosa de morir despojado de ruindades y en santa paz, al cabo aquí en la tierra:

“Todo pasa y se borra
todo muere y se olvida”.

. . . *Y hágase Señor TU voluntad*
así en la tierra
como en el cielo. . .

*"No hay más que un problema
filosófico verdaderamente serio:
el suicidio".*

*"Juzgar que la vida vale o
no vale la pena de que se
la viva, es responder a
la pregunta fundamental
de la filosofía".*

ALBERT CAMUS.

*"Se fue una estrella brillante
no tiene fin su camino,
ni tiene retorno.*

*Ha de ser tan lleno de rosas rojas,
tan bello, tan primoroso, que
con razón le llamamos EL INFINITO".*

(ANÓNIMO).

INDICE

Mi tío Pedro, 9

Sebastián, 57

La Cofradía, 93

Sin decir adiós, 177



RELATOS CORTOS
El señor licenciado José D. Gómez
El señor licenciado de nombre A. Gómez
noviembre de 1977, en las salas de
reuniones de Editorial "Alfonso"
y Sr. A. Adolfo Pérez 2007. Oca, en
Monterrey, N. L. México. Se tiraron
en imprentas al cuidado del autor.
Vistas de Guillermo Centeno
Pérez. Alfonso Pérez Aurocochea





INDICE

OTROS TÍTULOS

Mi tío Pedro, 9

Sebastián, 57

La Corredia, 93

Sin decir nada, 177

RELATOS CORTOS

del señor licenciado José G. Guzmán M., se terminó de imprimir el día 30 de noviembre de 1977, en los talleres linotipográficos de Editorial "Alfonso Reyes", S. A., Adolfo Prieto 2407 Ote, en Monterrey, N. L., México. Se tiraron mil ejemplares al cuidado del autor. Viñetas de Guillermo Ceniceros

Portada: Alfonso Reyes Aurrecoechea.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"RAUL FANGEL FRIAS"
U.A.N.L.

